

EL NAGUAL EN 1986

Nadando como a las dos de la tarde con Chanita, en el balneario de Dos Mulas, como a cien metros de la orilla, en la bahía de Chetumal, me quedó viendo a los ojos, con enigmática expresión.

---¿Qué me das si mañana te dicen que ganaste cien mil pesos y resulta que es cierto? -- - preguntó.

---Cuando menos la mitad, esposita mía---dije en son de broma.

---¿Parejura? Conste que tú lo dijiste. Vas a tener que cumplir.

Hasta ahí fue la plática sobre el tema y seguimos remojándonos con el agua hasta el cuello.

Al otro día estaba en la secretaría de los Servicios Coordinados de Salud Pública, hoy Sesa, platicando con Mayita, a quien ayudaba contestando el teléfono, sobre todo con llamadas de Belice u otras partes, donde el español era sustituido por otro. Repicó el timbre en lo que yo entraba al llegar del lobby y ella levantó el auricular para contestar, mientras yo me reclinaba sobre la pared de madera.

--Es para usted, licenciado---me pasó el teléfono--- dijeron de algo de la SEP, de México.

Mi expresión de incertidumbre se instaló en mis facciones, en lo que levanté los hombros e instado por las apremiantes señas de mi compañera para que tomara la llamada, por fin lo hice.

----¿Con quién desea usted hablar?, distinguí la voz femenina de una profesional de relaciones humanas.

---Con Jorge Arturo Quintanilla Penagos, ---¿Acaso es usted?

---A sus órdenes. ¿En qué puedo ayudarla? ---fui agarrando seguridad---. ¿Puede usted decir a qué se debe su llamada?

---Pues que se ganó el premio del concurso de cien mil pesos.

----Disculpe, no le entiendo.

----Qué usted se obtuvo el primer lugar en el concurso.

La imagen de Chanita diciéndome lo de los cien mil pesos apareció en mi mente.

---¿Cuál concurso?

---Ni quiero pensar que hablo con el hombre equivocado. ¿Es o no Jorge Arturo, loetcétera, para no hablar más, el que concursó con el cuento El Nagual?

---Así es, pero no gané porque no me notificaron nada. Además eso fue el año pasado y además estamos en 1987.

Mi interlocutora me preguntó sobre los detalles del cuento, mi dirección y teléfono y le atiné en todo. Me indicó que la premiación sería en diez días. Yo debería ir sin falta a la premiación en la ciudad de México, donde seríamos hospedados y como en el caso del premio de Nogales. Debería

comprar mi boleto y me reembolsarían el costo. Para cuando terminó nuestra entrevista telefónica me fui resbalando hasta quedar sentado en el piso, como la noche cuando Chanita me pudo haber matado con una escopeta para cacería mayor, Crucelegi de dos cañones, con reductores, pero tuvo la atingencia de encender la luz y así no me voló la cabeza

“---¡Ah, eres tú” ---me había dicho al desmontar los gatillos de la escopeta de doble cañón.

Esta vez se trataba de algo muy fuerte, pero muy agradable.

--¡No cabe duda que mi amor es toda una linda brujita! --- alcancé a decir ante una Mayita, muy asombrada, con los ojos desorbitados.

---¿Por qué brujita? ---cuestionó.

---Ayer cuando estábamos nadando en el mar, me contó lo de los cien mil pesos.

---Pero, ¿cómo..?

---Luego le cuento.

Me fui a la casa.y entrando al laboratorio donde mi adorada esposa preparaba los alimentos, hice una gran reverencia frente a ella.

---Honorable, ¡Oh! Tulun’kún, preciosa sacerdotisa de la civilización maya! ---dije salmodiando.

---¿Qué te picó? ---dijo al poner sus brazos en jarras--. ¿Fumaste hoja de plátano o qué? ---inquirió preocupada por mi salud.

---Eres una brujita de lujo, mi amor. Lo que me dijiste ayer en el agua, me lo acaban de notificar por teléfono: gané el concurso de cuento de la SEP y el premio son... ---hice una pausa dramática-- ¡cien mil pesos!

---¡No te lo creo!

---Créelo porque te voy a llevar conmigo.

Les conté a los que estaban en la casa y los gritos de júbilo no se dejaron esperar, máxime cuando les dije que quería llevar a Chanita a la premiación y a uno de los cinco hijos. Todos coincidieron en que Atalita debía ir, sobre todo porque lo harían en camión, si no conseguía los boletos de ellas para volar.

Y efectivamente sólo nos prestaron dinero para el avión y tendríamos que completarlo lo de ellas para el autobús.

Las embarqué en el autobús y al siguiente día nos encontramos en México, a donde yo había coincidido con Ramón Iván Suárez Caamal, pues éramos ganadores ambos, él en cuento infantil y yo en cuento para adultos.

Como no había alojamiento en el hotel que los organizadores contrataron para nuestra estancia, me fui con Chanita y Atalita a la casa de Armando Moreno, el hijo mayor de don Nef y nos recibieron muy bien, en reciprocidad al trato que les prodigamos en San Cristóbal tiempo antes.

Nos pasamos la tarde viendo tele con Queta, la esposa de Armando y la familia. Nos acomodamos como pudimos, pues la casa era pequeña y éramos muchos.

En la mañana siguiente me comuniqué con Ramón Iván y me dio los datos de la premiación. Sería a las ocho de la noche en un auditorio de la SEP.

En la tarde, anocheciendo, Ramón y yo nos dirigimos a nuestro destino. Chanita con Atalita y Armando llegaron en un taxi.

El maestro de ceremonias nos presentó e hizo una semblanza del concurso. Expresó, a nombre de todos, y expresó nuestro agradecimiento a los miembros del jurado, por la encomiable tarea de leer el contenido de las obras de los concursantes y calificarlas. Un funcionario de la Secretaría nos entregó nuestros diplomas, una especie de constancia de haber participado y ganado.

A pesar de tener formación de maestro y locutor, a la hora de la entrevista personal con un conductor del Canal Once, se me trabó la lengua porque pesaba varios kilos, al menos eso pensé, pero, gracias a Dios, me desarrollé bien.

Luego de la ceremonia, un funcionario de la administración nos llevó a una sala donde, sin mayor trámite, nos entregó nuestros cheques, y nos reembolsó el costo de los boletos, aduciendo que le habían ordenado que si estábamos de acuerdo, nos cambiaría los cheques por dinero en efectivo. Nos miramos y sin mucho pensarlo no recibimos las fajas de billetes de mil, puestos en sendas bolsas de papel manila. Le explicamos del riesgo que nos significaría andar cargando los fajos de billetes por todo México, a partir de esa hora. Nos entendió felicitándonos por nuestra sabia decisión y nos aconsejó cobrar en el banco de nuestra ciudad.

Quizá por las emociones de la recepción del premio, nos juntamos con Chanita, Atalita y Armando y tras los saludos, abrazos y besos, los invité a cenar cabrito, incluyendo a Ramón que iba solo.

Armando indagó en varios lugares y no encontramos mi antojo primario, por lo cual aceptamos la idea de cenar barbacoa de borrego. Terminando la opípara cena, nos despedimos de Ramón. Armando, Atalita y yo viajamos en taxi a la casa, donde nos dedicamos a contar nuestra personal versión de la velada.

En la mañana desayunamos algo ligero y Armando me llevó al banco más cercano, en donde entregué el documento para el abono a mi cuenta. No perdimos tiempo. Armando nos propuso viajar juntos con Queta, su esposa, para ir a Toluca.

---Se va a poner muy contento el tío Omar cuando le presumamos de tu logro.

---Pero no me gusta presumir.

--Nosotros vamos a hablar --- explicó Armando.

--Es la intención --terció Chanita.

Ya no objeté nada, a sabiendas de que no formularía ningún comentario.

Como lo manifestaron mis compañeros de aventura, La China, su esposa, y Omar se pusieron muy contentos y nos llevaron a ver los vitrales del Jardín Botánico y compramos algo de los famosos chorizos verdes de Toluca y conocimos el edificio ciclópeo de la procuraduría del Estado.

Ya en casa, tío Omar insistió en que durmiéramos en su recámara y nos opusimos al ver a la China, en el piso, acostada sobre la alfombra, quien nos increpó recordándonos que don Nef y mi mamá siempre pernoctaban con ellos siempre así, y no hubo forma de disuadirlos.

En la mañanita, luego de un fuerte frío al estilo toluquense nos brindaron un exquisito desayuno, que me hizo evocar la cocina oaxaqueña, cuando nos sirvieron chicharrón castacán en tomate rojo. Hicimos sobremesa con los detalles del concurso y las formas tan originales que utilizamos para recabar lo de los boletos. Llegamos al mediodía y nos invitaron a ir a San Mateo Atenco, un pueblo maravilloso que se dedica a la producción de todo tipo de zapatos y guantes de piel y muchas otras artesanías como las sillas de tule, entre otras.

Y aprovechando que había tianguis nos ubicamos en el centro de la acción, una especie de muestra de la cocina mexicana, donde se podía comer ajolote del lago de Texcoco o pescados del lago de Chapala, entre otros y rememoré la vez que en la fiesta de Cherán comí siete veces. No llegué a tanto esta vez, pero comí un poco de cada cosa, como si se tratara de un bufete.

A punto de reventar, tío Omar nos llevó a Mexico y nos despedimos.

En la mañana siguiente embarqué a mis amores en el autobús que los llevaría a Chetumal. Me dirigí al aeropuerto y abordé mi avión llegando a mi destino en un poco más de dos horas.

Los chamacos se emocionaron cuando les conté todos los detalles.

---¿Cuándo vendrán mi mamá y Atalita?— quiso saber Chusín.

---Según mis cálculos ---consulté mi reloj mecánicamente--- deben estar llegando aquí entre las nueve y diez de la mañana.

El día transcurrió a paso de tortuga. En la madrugada, después de ratos en vigilia, comencé a sentir ansiedad y angustia y se iba acrecentando conforme amaneció y el sol mostró sus rayos. Mi angustia tomó asiento en mi cuerpo, me puse de pie y empecé a caminar, pensando que el ejercicio, quizá, frenara algo mi desesperanza. Seguí caminando en la recámara primero, posteriormente lo hice en la calle. Sin darme cuenta llegué por la calle Efraín Aguilar a la terminal. El reloj marcaba cuarto para las nueve. Rápido fui a preguntar y me dijeron que la unidad tuvo una falla cerca de Villahermosa y ahí transbordaron a otro vehículo. Me aseguraron que antes de las once haría su arribo. Agradecí la información y me puse a caminar. Di una vuelta a la manzana y concluí que si llegaban y yo no estaba, todo se complicaría. Así que estuve dando vueltas y más vueltas y opté por sentarme a ratos. Me colé en el andén, en un rato en que no hubo movimiento vehicular y volví a las caminatas. Me aburrí y levanté lo que quedaba del centro de un periódico y vi una foto de un grupo numeroso de personas y ahí estaba yo en segunda fila. Me espanté al ver el de pie de página la reseña y los datos de los premiados. Como pude recorté la foto y el artículo.

Me cayó el veinte al descubrir la bendición de que yo encontrara en las páginas centrales de un periódico foráneo (creo que de Campeche), como basura, en el piso, me dio paz. Si Dios quería demostrarme su insólito poder, lo hizo, máxime que en ese momento llegó la ansiada nave con mis amores.

---¡Adivina qué pasó, amor!

Raudo y veloz le contesté:

---Sufrieron tantos percances que tuvieron necesidad de hacer transbordos para poder llegar.

---¡Tú sí que eres brujo Jorge.

---Si papito. Mi mami tiene razón, ¿Cómo lo supiste?

Les explique el resultado de mis indagaciones y como inferí los resultados. Ellas, a su vez, selas, a su vez, me pusieron al tanto con detalle, todo lo sucedido: la falla del autobús antes de Villahermosa, dode transbordaron a otro para llegar, siguieron para acá y unos kilómetros antes de Xpujil, Atalita, a instancias de su madre se pasó a un asiento posterior, para mejor dormir y una muchacha que iba atrás, tomó el lugar de Atalita. Minutos después se escuchó un chirriar de llantas y de metal y la muchacha que estaba en el lugar de Atalita, salió volando hacia atrás expelida por una llanta que emergió del piso. Atalita, muy espantada, trataba de sacar a su mamá y Chanita hurgaba en el piso, buscando entre el humo, sus zapatos. Todos se bajaron a la orilla de la carretera, en lo que el chofer trataba de apagar el fuego, aunque al fin logró hacerlo. Otro autobús los llevó a Xpujil. Bajaron todos al comedor de la terminal. Un señor decidió quedarse ahí.

---Yo aquí me quedo ---dijo--- me siento como Jonás, siento que por mi culpa han pasado los accidentes. Disculpen si los hice sufrir, en especial esta señorita, que se salvó milagrosamente.

En efecto subieron a un vehículo más y fuera del atraso, arribaron a Chetumal sin pena.

Aproveché para explicarles de la espera y como encontré el periódico. Coincidimos en que la mano de Dios nos llevó a México y nos regresó con bien